

# CATOLICIDAD HISPANICA EN NUEVA YORK

*SUMARIO: Se habla tanto español en Nueva York, y es tan fácil encontrar el ambiente hispano, que a veces parece uno trasladado a La Habana o Buenos Aires.—La inmigración portorriqueña es la que da el principal contingente de inmigración de habla hispana.—Peligro de que esa gran masa de inmigrantes se haga protestante y aun indiferente y comunista.—Interés y celo del clero católico americano para su tutela religiosa, pero insuficiencia de sus medios de trabajo para evitar los peligros.—Reunión conjunta del clero americano y portorriqueño; esperanzas de esta reunión.—Posibilidades y responsabilidad de la Iglesia española.*

Difícilmente podrá encontrarse en la actualidad ciudad alguna del mundo en la que se dé el fenómeno curiosísimo que se está dando hoy en Nueva York. Se habla tanto español en sus calles, se habla tanto español en las tiendas, se encuentran tantos anuncios en español, y las estaciones de radio y de televisión y los cines dedican tanta parte de sus programas a música y películas hispanas, que hay momentos en los que se cree uno trasladado por arte de magia desde la gran urbe norteamericana, si no a Madrid o a Sevilla, sí, por lo menos, a La Habana o Buenos Aires. Y es que después de las sucesivas oleadas de inmigración irlandesa, alemana, polaca, italiana, ha sonado en el reloj de la historia la hora de la inmigración hispánica y son, sobre todo, los portorriqueños y después de ellos los mejicanos, los dominicanos y los cubanos los que con su constante y creciente aflujo a Nueva York producen al viajero hispano ese encantador e inofensivo espejismo de hallarse de nuevo en "su" casa. Tanto es el poder de la lengua materna y tanto son los hijos, olvidadizos acaso, pero, con todo, hijos, de nueva inmortal España que con su modo de hablar, su vivacidad y gracia, sus costumbres, típicamente españolas, están demostrando con su sola presencia en Norteamérica la enorme impronta que España ha dejado en el Nuevo Mundo. A los 180 millones de habitantes no hispanos del continente americano corresponden hoy otros 180 millones de hispa-

nos. Dentro de poco (y sin contar este "regalo" de sangre que se hace a los sajones) los pueblos hispánicos llegarán a los 500 millones y de cada tres habitantes de América habrá dos que hablen español por uno que hable inglés. Tal es el enorme crecimiento de las naciones hispanas.

Este fenómeno no ha pasado inadvertido para la Iglesia Católica, que pone toda su esperanza en Hispanoamérica y que ha dicho por boca de Pío XII que la misma salvación de la civilización cristiana no se puede esperar ya de ningún otro continente que no sea el americano. De ahí su preocupación constante y su ansiedad por enviarle sacerdotes que ayuden al clero nativo en su titánica labor. De ahí la importancia, enorme también, de conservar para la Iglesia estadounidense este aflujo de catolicismo que se le está entrando por las puertas.

\* \* \*

La migración portorriqueña plantea, en primer lugar, un grave problema y es el de la preservación de la fe de estos católicos de origen en el ambiente protestante de su nueva tierra de adopción. Porque, a pesar de la superficialidad de una fe apenas cultivada por falta de clero, el hispano (sea portorriqueño, sea mexicano, sea cubano) sigue sintiendo en católico y al llegar a Estados Unidos quiere vivir y morir como católico. Y es obligación de la Iglesia (sea portorriqueña, sea estadounidense, que Iglesia Católica sólo hay una) el cuidar de la fe de todos sus hijos, estén donde estén.

Pero, además, este fenómeno curiosísimo ofrece otro aspecto, no menos interesante: la importancia que en favor o en contra del futuro de la Iglesia norteamericana puede tener la dirección en que se oriente este pueblo fundamentalmente religioso que se está trasladando en masa a Estados Unidos (son ya 800.000 sólo en Nueva York) y que constituye una apetitosa presa para los protestantes, encantados de poder convertir "papistas" a tan poca costa y poder actuar "en misionero" sin abandonar el confort de su tierra, ni tener que exponerse a las inclemencias de un clima tropical o helado. No es extraño que sólo los protestantes de Nueva York hayan movilizado cerca de 800 pastores de habla española que van a esperar al muelle a los recién llegados, les enrolan cuanto antes en alguna de sus sectas y no les dejan ni a sol ni a sombra hasta que lleguen a "conocer a Jesucristo". Ni tampoco es raro oír alguna voz hispana entre los salmodianes de las varias sinagogas capitalinas. Hay gente para todo. Y como este pueblo, como todos los de nuestra raza, no gusta de medias tintas y es lógico hasta las últimas consecuencias, lo probable será que, una vez protestantizado, no se detenga ahí: su próximo paso le llevará inevitablemente al comunismo. Y es muy natural que así sea. De no tener moneda buena más vale no usar ninguna, según la explicación que daba aquel español al predicante evangélico empeñado en catequizarlo.

Finalmente, el tercer aspecto que ofrece el cuadro es más halagüeño: esta savia hispana, que puede llegar a inyectarse en el cuerpo católico estadounidense, ha hecho concebir a algunos de sus miembros la esperanza de que sea este pueblo católico e hispano el que sirva de lazo de unión o de puente entre los católicos norte y sudamericanos; y que salgan de su seno los sacerdotes que vayan a ayudar a las naciones sudamericanas, tan faltas de clero, a sostenerse en su fe.

\* \* \*

La labor más urgente que demanda todo el esfuerzo de la Iglesia norteamericana ha sido y sigue siendo, como decíamos antes, la de preservar la fe de estas gentes libres no sólo de todo influjo heterodoxo, sino también del peligro de la indiferencia religiosa, acaso su mayor amenaza. Desplazados de su ambiente, sin conocimiento del idioma, obligados a aceptar los trabajos más duros, ignorando siquiera dónde se encuentra la iglesia católica más próxima, estos portorriqueños se preocupan tan sólo de superar las dificultades económicas; tarea difícil, muchas veces de larga duración y siempre costosa, sin que encuentren tiempo ni ocasión para satisfacer sus exigencias espirituales. Si a esto se añade el influjo maléfico y paganizante de la gran urbe, cada vez más sensual en sus diversiones y en sus costumbres, no deberá extrañarnos el abandono en el que viven en la actualidad muchos de ellos. ¿Qué se puede esperar de una familia en la que chicos y grandes se amontonan en una estrecha habitación sin otras facilidades educativas que las muy problemáticas que les ofrece la "televisión", vertiendo por sus trece "canales", "films" y "shows" de una moralidad muy discutible? ¡Da lástima ver a estos niños con sus caritas pálidas pegadas a la pantalla, recibiendo horas enteras las impresiones visuales y auditivas menos a propósito para su edad!

Por eso la Iglesia se preocupa de facilitarles, en cuanto es posible, escuelas católicas, y, si esto no, por lo menos la enseñanza del catecismo en las parroquias una vez por semana. Inevitablemente el aprendizaje de la nueva lengua supone (aun para los niños, que más fácilmente se acomodan) un período relativamente largo en el que apenas llegan a sacar otra cosa de su asistencia a la escuela pública que el conocimiento del idioma. Pero una vez vencida esta dificultad, su formación espiritual y religiosa puede considerarse asegurada, y aunque en el seno de la familia sigan con su idioma nativo, los niños acaban hablando las dos lenguas y su integración en la vida católica y ciudadana de Estados Unidos es casi perfecta. La experiencia de otros pueblos dice que hay que esperar dos o tres generaciones para llegar a una acomodación total.

No sucede lo mismo con los adultos. Estos encuentran una dificultad extraordinaria en adaptarse, y muchos de ellos, sobre todo las

mujeres, por razón del menor contacto con el exterior, no llegan a aprender jamás el idioma. Y éste es el problema que ofrece menos posibilidades de arreglo. Porque si desde el punto de vista político y social esta falta de adaptación tiene sus inconvenientes graves, desde el punto de vista religioso los tiene gravísimos: el contacto entre el sacerdote y los fieles se hace imposible, los padres no acudirán a unas funciones religiosas en un idioma que no entienden; y la consecuencia de todo ello será que ellos abandonarán las pocas prácticas religiosas que traían de su tierra y sus hijos no las comenzarán nunca. La generación que surge habrá abandonado la Iglesia.

A evitar lo mejor posible esta catástrofe tienden los esfuerzos del clero estadounidense, y aparte del aprendizaje del español en los seminarios por los futuros sacerdotes y de los que ya en su trabajo parroquial se esfuerzan por aprender lo suficiente para entender a sus feligreses, admiten gustosos en sus parroquias a sacerdotes hispanos que les ayuden en su labor, y son también muchos los religiosos que traen miembros de las naciones sudamericanas para trabajar de un modo regular con ellos. El resultado es que hoy la mayor parte de las iglesias católicas de Nueva York tienen, por lo menos, un sacerdote que confiesa en español y bastantes tienen, además, misas con sermón e instrucciones en español. Ni que decir tiene que el Arzobispo de Nueva York, Cardenal Spellman, es el primero en impulsar con todo empeño este generoso esfuerzo de su clero. Para facilitar lo más ha constituido una organización especial que se denomina "Spanish Catholic Action", que publica información y un periódico en español, el "Excelsior". Al frente de aquélla ha puesto a un inteligente y celoso sacerdote, Monseñor J. Connally, párroco de una de las iglesias más importantes de la ciudad.

No deja, con todo, de ofrecer dificultades especiales esta labor. A pesar de que el católico norteamericano, como todos los demás ciudadanos de esta gran nación, está acostumbrado, por una tradición tan antigua como su misma tierra, a admitir a su lado y considerar compatriota a todo el que viene a establecerse en ella, no deja con todo de caer en la cuenta de que tiene que compartir "su" clero. "sus" iglesias y aun su mismo dinero con este nuevo grupo de advenedizos pobres e ignorantes. Y ello supone menos comodidades en sus iglesias, menos sitio en sus escuelas, menos posibilidades de ser atendido en sus necesidades espirituales. Su reacción, con todo, ha sido magnífica; y más cuando se les explica que por ser los portorriqueños ciudadanos de los Estados Unidos, tienen perfecto derecho a establecerse en cualquier parte del territorio nacional.

Del mismo modo, humanamente hablando, no es muy agradable para un celoso pastor de su iglesia el ver cómo sus conocidos y antiguos feligreses se trasladan hacia la periferia en busca de lugares más agradables donde residir, y que, en cambio, ha de recomenzar su labor con

una población nueva y movediza que viene a sustituirlos y que ignora sus costumbres y su lengua. Y esto es precisamente lo que está sucediendo en muchas de las parroquias más antiguas de Nueva York. Las lujosas, pero ya viejas y menos cómodas residencias del centro de la ciudad se ven abandonadas por sus ricos moradores y se convierten en lo que estos norteamericanos llaman "rooming houses", en cuartos-dormitorios en los que se hacían familias enteras.

Por otra parte, la organización tradicional de estas parroquias urbanas no ha previsto ni podía prever esta nueva labor "misionera" que ahora surge. Por ello no es fácil hallar sacerdotes que quieran y sepan entregarse a ella de corazón y con eficacia; y se impone un reajuste general de programas y métodos, si este apostolado ha de ser eficaz. "No se puede exigir que los nuevos feligreses se adapten a la parroquia; ha de ser ésta la que se adapte a las necesidades de su nuevo rebaño", dice el P. Fitzpatrick en un interesante estudio del problema. Y así es: el clero urbano de una población de costumbres refinadas se encuentra ahora de manos a boca convertido en "evangelizador" de un pueblo que él no ha ido a buscar y cuya lengua y cuyas costumbres le son desconocidas.

Todos estos aspectos del problema han obligado a las autoridades eclesíásticas de ambos países a reunirse en una conferencia conjunta, que se celebró en San Juan de Puerto Rico el pasado abril, y en la que se estudió la manera de proveer del mejor modo posible al cuidado espiritual de estos "súbditos" norteamericanos de habla española que se trasladan a Estados Unidos. El Cardenal Spellman envió a todos sus sacerdotes poco después, un informe escrito de la misma, que pronto aparecerá impreso con el título de "Report of the Conference on the Spiritual Care of Puerto Rican Migrants", y se esperan óptimos resultados de la divulgación de esta reunión, en la que tomaron parte sacerdotes y preladados de ambos cleros, tanto estadounidenses como portorriqueños. Pero la labor es inmensa y el camino por recorrer está casi entero.

"¿Por qué mandan ustedes misioneros a Asia o al Africa y nos dejan ustedes entretanto abandonada la América española, tradicionalmente católica?", me decía un caballero sudamericano. "¿Qué responsabilidad tan grande para la Iglesia española!", añadió. Mis explicaciones no parecieron convencerle mucho. Acaso no llevaban el fuego de la convicción necesaria para ello. Porque, he de confesarlo, la urgencia y la gravedad de la ayuda al continente americano es tan grande y los elementos de que dispone la Iglesia tan pequeños, que el que se pone en contacto con estas tremendas realidades llega a pensar si es que Dios, por nuestros pecados, no nos ha cegado del todo para no "ver" dónde hay que poner el remedio y para no "querer" aplicarlo. Pidámosle que no sea así.

SEBASTIAN MANTILLA, S. I.